

# De Bicicletas y de Lunas

(FRAGMENTO)

MIGUEL CASTILLO



# E

# I

El repetido canto de los grillos anunciaba el caluroso invierno de la ciudad, encendida cada vez más por aceras y alcantarillas, era algo así como si las calles tuvieran vida, marcando un compás insistente entre los que deambulaban en la noche tormentosa, hasta hacerlos perder la razón y el sentido. Las pequeñísimas gotas de aguacero que caían junto a él, salpicaban de barro y se diluían en fino puntillismo sobre el lino blanco de su pantalón de basta ancha, lentamente las iras caseras iban refrescándose con la humedad de la noche. El hombre trigueño caminó sin rumbo fijo por Santa Elena hacia Colón, donde buscaría calmar esa cólera que lo torturaba por dentro, refugiándose en sus “adúos” trovadores nocturnos, porque las penas son de amores, decían ellos, ebrios de aguardiente hasta la muerte, cual vikingos espartacos del vino y de la diva melodiosa del solitriquí pasillo. Andariego era el hombre, cuando se le metían las emperradas ganas de volar muy lejos por los golpes bajos de la vida, paleando hasta el final del planeta, buscaba quemar aquel trigo del dolor por los caminos más bohemios de la soledad. Después de todo, pensó, tal vez había hecho mal en no ponerse al habla, sereno, con Olga Palma, pero ya era tarde; los ñaños del alma y de la vida habían llegado a la esquina de los músicos y desamparados dando vueltas como pájaros enjaulados, con sus herramientas de trabajo en las manos, esperando con suerte a la ruleta de alguna serenata cercana, que

dejara algún dinero en esa maldita noche. “Los Montecel” y “Lucho Alarcón” fueron los primeros en encontrar a su amigo Eusebio el Profe, “yunta” de farras interminables, buen maestro de las Ciencias Administrativas, y otros oficios de brujo, recomendados para sobrevivir en esta vida-muerte. En la esquina de la fritada y los yapingachos se reunieron todos, y él les pidió la última; el buen Cara de Haba Alarcón, no se hizo esperar, empezó a sacarle latidos a las congas, tratando de afinar; Lucas y Mario no se quedaron atrás, apretando sus dedos cual tenazas sobre el diapasón de sus guitarras, arrancaron con aquella “Historia de Amor” y muerte, mientras varios curiosos iban acercándose de a poco al lugar, atraídos por aquellas extrañas melodías, pero como esto no podía ser en seco, según decía Eusebio, mandaron a comprar donde el Gordo Ángel una botella de “aguardiente” que el grupo de juglares secó en un instante; luego fueron tres, que se hicieron cuatro, hasta perder la cuenta. Interpretando a Safadi, el Profe buscaba en el bolsillo de su desteñido saco, la letra de aquella última canción que había compuesto y que durante largos días tarareó con su voz de pato cuervo y palabrero cantor, acompañándose con su guitarra de clavijas de madera. Ya casi amanecía y la campana del reloj del diario “El Telégrafo” se dejó oír de cerca. Eusebio cantó su pena y los hermanos Montecel se la pidieron para estrenarla en la “Corte Suprema del Arte.” Y el Profe, sobre una cajetilla de cigarrillos, empezó a escribir con temblorosa letra:

*Historia de amor*

*Pasillo*

*Letra y música: Eusebio el Profe*

## XXII

Eusebio Macías Suárez nunca conoció el sabor de la derrota, desde su temprana edad le gustó organizar las fiestas de su barriada y se había familia-

rizado e informado a conciencia con respecto a las circunstancias y necesidades económicas de los más postergados sectores marginados de la provincia; poseía valor, discernimiento y decisión. Era un buen orador, tanto para proclamar una reina de barrio, como en una tribuna, ante una multitud política; claro y sincero, y a menudo sarcástico, gustaba de vaticinar haciendo un cálculo meditado de la realidad de las cosas; era bajo y acholado, tirando a serrano y con una piel curtida, como el barro de los volcanes apagados ostentosamente raído; su cuello nunca estaba limpio y cuando usaba corbata, esta estaba incorrectamente anudada. Parecía como si nunca se bañara y llevaba las manos calludas y sucias.

Todo esto le confería una identidad de confianza con el sector al cual representaba.

De joven había practicado fútbol, fue boxeador en la Quinta Pareja y era conocido por ser uno de los pocos que había cruzado el río, nadando por la parte más ancha del Guayas.

A los 17 años se había hecho de su primer compromiso, con una joven campesina, que servía como empleada en una casa, frente a la zapatería donde él se desempeñaba como cortador; luego vendrían dos niñas que se quedarían sin madre, después que la pobre sufriera durante algunas semanas, siendo víctima de la tifoidea, por lo que se quedó solo durante un tiempo; un domingo se sintió prendado por la simpatía de una muchacha serrana, que resultó ser la mujer más celosa y no entendió por qué ella había decidido abandonarlo por otro hombre; Macías Suárez no supo qué hacer y durante varias ocasiones estuvo escuchando el pasillo Lágrimas: “Amar como yo amé, qué cruel martirio,/ sufrir como sufrí por tu cariño,/ la amarga decepción que tú me diste/ será mi compañera hasta la muerte.// Que se cumpla el destino ya,/ si tú lo has querido así,/ con el olvido acabarán,/ las lágrimas de mi sufrir.”

Ahogó sus penas en alcohol, hasta llegar al punto de quererse arrancar la vida; tan solo la reflexión de tener dos hijos, pudo dar respuesta a tremenda decepción que quedaría a la par, cuando Olga Palma llegara a su camino y, entre palizadas y espinas, supo llevar adelante a su nueva familia, que esperaría en todo momento muchas cosas buenas de él, que lo había sacrificado todo por el amor y patriotismo que sentía por su pueblo. Eusebio Macías Suárez era, en verdad, demasiado ambicioso, trabajador y tesonero, además de ser humilde para interesarse por desconocidos placeres, que se interpusiera en su carrera política, definitivamente había nacido para ser una figura legendaria de nues-

tro pueblo, siempre con los ojos vendados y buscando a tientas su camino, sin saber hacia dónde, sin importarle la burla; nunca se dio por vencido ni de su gesto surgió una expresión de disgusto que alimentaría más el mal sentido del humor, en quienes quisieran divertirse con él, parecía darse cuenta que su ocupación le causaba una tranquilidad interior que le enseñaba a ser responsable y a cumplir con todas y cada una de las obligaciones que lo rodeaban, ya que largo y duro había sido el peregrinar de Eusebio Macías Suárez, que además de llevar esa fatigosa jornada, desde que amanecía hasta anochecer, había descuidado su salud, y fundamentalmente el tratamiento con insulina para su avanzado estado diabético, que le recomendaría el médico que lo trató anteriormente, cuando cayó muy enfermo, solo la Negra Emilia lo ayudaría a salir adelante de aquellos malos momentos, vividos en el Hospital General, donde el Profesor tuvo la necesidad de internarse durante un mes aproximadamente, obligado, por todo el rigor de la medicina, y de estar sometido a lo que los galenos dispusiera, negándole a nuestro amigo que era un andariego, que continuara desarrollando sus largos recorridos de siempre, por las eternas calles de la ciudad; finalmente, cuando terminaron derrotados en las últimas elecciones, Macías Suárez se sometió a un encierro voluntario por el bien de su familia y por la economía del hogar, indudablemente, porque durante el tiempo en que él permaneciera en su casa, estaría obligado a desarrollar únicamente sus faenas de profesión conocidas, centrándose solo en su trabajo de artista de la fotografía, negocio que por estos tiempos de invierno resultaba bueno; ante los males vivos, el resto de los compañeros, principalmente Aquilino Ubilla, le llevaba a Macías Suárez numerosos trabajos de amigos conocidos y parientes, que querían tener como recuerdo una ampliación de algún familiar ya difunto o vivo que, de la noche a la mañana, quería aparecer en un retrato bien parecido, cual artista de cine; bromuro que quedaba perennizado en el recuerdo de sus clientes, que con el transcurso del tiempo verían sorprendidos cómo los colores aplicados a la ampliación, se iban esfumando para siempre, debido a que los pigmentos que usaba Macías Suárez para sus trabajos eran malos. Todo esto como una faceta de buenos cálculos, para la economía de su capital invertido en el negocio, donde él llevaba la mejor ganancia de todo el resultado final, deslindando de su parte toda su responsabilidad, al entregar conforme su trabajo a los clientes. Sorprendiéndose además, por su talento artístico que causaba impacto en varias de las personas que concurrían, a su

domicilio, en busca de una excelente reproducción de algún difunto o pariente vivo, del cual les quedaba solo una fotografía, en donde aparecía completamente arruinado o amortajado y con los ojos cerrados para siempre, entonces Macías Suárez, con la magia de sus conocimientos y a base de vela de cebo derretido y colorante, podía lograr una reproducción nítida con vivos matices a la ampliación y dando buena cuenta al cliente de su trabajo; tal era la sorpresa de la gente, que muchos lloraban y otros finalmente terminaron por hacerlo compadre, y llevándole aves y quintales de arroz; unos le rindieron homenaje a su talento artístico, del cual el mismo decía que Guayasamín le quedaba corto, pero no todo era un instante de felicidad, porque como nunca empezó a sentir profundos agotamientos a causa de su diabetes, que para colmo de los males se le había subido, causándole alteración en su sistema nervioso, del cual, en los ratos que dormía profundamente, se levantaba con sobresaltos, víctima de algunas punzadas y dolores agudos que lo golpearían muy fuerte en el órgano más noble de su sistema circulatorio.

Todo este vendaval de augurios de mala salud, significaba el acabose para Macías Suárez, que supo enfrentar la vida con la frente en alto y con valentía, defendiendo su meta política, sin contar con recurso económico alguno, realizando una reflexión ante la profunda y quemante mirada de Eloy Alfaro, que aparecía en una postal, junto a varios de sus hombres, uno de los cuales había sido pariente de un cliente suyo, que estaba interesado en el trabajo; Eusebio sintió varios presagios que giraron en torno de los pájaros de su imaginación. Se vio envuelto en la historia y galopando tras del general de la victoria, se sintió recorriendo por caseríos y sabanas habitadas de campesinos, que salían a su paso, ansiosos de libertad, preguntándose acaso qué hubiera sido de él, si toda aquella alucinación donde se veía envuelto, hubiese sido realidad. Ante tal prolongada situación, los familiares de Eusebio Macías Suárez recogieron al hombre inconsciente, que yacía de bruces sobre el piso de su covacha y haciéndole descansar en su cama, jamás pensaron que aquel delirium tremens significaba el adiós de un moribundo que recorrería caminos inalcanzables para encontrarse con su eterno reposo; sorprendidos y llenos de asombro veían a Eusebio que sudaba a chorros por los poros de su cuerpo, mientras que en su rostro curtido por la incomprensión de su gente y la mala vida, aparecía una mueca de angustia y de dolor incurable, que más desesperaría a todos ellos; que sin saber qué hacer buscaban la forma de calmarle el mal del cual estaba

preso y que lo llevaría a la tumba, porque sin lugar a dudas, se le habían repetido en conjunto tres ataques de infartos seguidos.

Todo esto prolongó un poco el dolor de agonía de Eusebio Macías Suárez, que hasta el final luchaba con la muerte para seguir viviendo y para que en su imaginación pudiera verse junto a don Eloy y varios de sus hombres; su cuerpo ardía sobre una enorme hoguera, moribundo; Macías Suarez sentía que su circulación sanguínea le quemaba mientras diminutas e invisibles hormigas caminaban sobre su rostro desdibujado.

Trató de hacer un esfuerzo para que lo entendieran, marcando entre sus labios una palabra, quiso dirigirse a sus más cercanos colaboradores, ahora ausentes, su larga agonía se tornaba en un paisaje de colores desconocidos y lejanas sombras tétricas que se aferraban a él, que valientemente escuchaba que alguien daba una orden, pidiendo los nombres de sus verdaderos defensores y dicen las lenguas de los curiosos, que a lo lejos una canción sonaba: “Van cantando por la sierra,/van cantando por la sierra, con honda melancolía,// Las canciones de mi tierra,/ y mientras va muriendo el día/ y mientras va muriendo el día.// La noche a soñar convida,/ se duerme el viento en las flores,/ silencio pues ruiseñores./ silencio que está dormida.// Silencio que está dormida,/ la dueña de mis amores.”

Dicen los entendidos en esas cosas del más allá, que todavía lo ven deambular por las calles del puerto, en noches de luna llena, embarcado en su bicicleta, aprovechándose de las paredes y de los muros vacíos de la ciudad para pintar su conocida pancarta: EUSEBIO, LA VOZ DE LOS POBRES, para así alcanzar la paz en el mundo, sobre bicicletas, calles y lunas.

